



Viernes 28 de Agosto 2026

14:30 hs. - 15:30 hs.

Panamericano Sur B (Hotel Marriott)

XIX Congreso Argentino de Salud Mental

Mesa redonda

Cuando la máquina habla, ¿Qué lugar para el psicoanálisis?

19. Cultura y Salud Mental

Presidente: Laura Ramos

Disertantes: María Mercedes Díaz , Ismael Fernández Posada , Micaela Donati ,
Valeria Cortiña , Laura Ramos

Institución/es: Grupo Psicoanalítico del Oeste

INTRODUCCION

MERCEDES DIAZ

En nombre del Grupo Psicoanalítico del Oeste queremos agradecer a la Asociación Argentina de Salud Mental la posibilidad de compartir esta mesa con ustedes.

El GPO nace hace casi diez años, entre colegas que queríamos compartir espacios en la zona Oeste de la Provincia de Buenos Aires.

Casi sin darnos cuenta, ese espacio fue creciendo y fue ampliando sus intercambios, hasta llegar hoy a compartir actividades con colegas más allá de la zona Oeste.

Y fue justamente a partir de esos encuentros que apareció el deseo —o quizás la necesidad— de seguir ampliando nuestros intercambios y venir a un congreso como este.

Y así comenzamos a pensar esta mesa.

Desde el principio hubo algo que nos parecía importante: **no queríamos pensar la inteligencia artificial como algo que viene desde afuera de nuestra cultura para transformar nuestras vidas.**

La inteligencia artificial es, ella misma, un fenómeno cultural.

Es una producción humana. Es el resultado de un largo recorrido en el que fuimos creando herramientas para conocer, resolver problemas, ampliar nuestras posibilidades y acelerar los tiempos.

Pero hay algo que nos llamó especialmente la atención: **la inteligencia artificial no solamente hace cosas. Habla.**

Y entonces nos preguntamos qué ocurre cuando una producción de nuestra propia cultura comienza a producir lenguaje de una manera que reconocemos como semejante a la humana.

¿Qué significa que una máquina pueda responder?

¿Qué significa que pueda conversar?

¿Qué significa que pueda decir “yo”?

Y en lugar de quedarnos solamente con estas preguntas, decidimos hacer algo bastante sencillo: **preguntárselo a una inteligencia artificial.**

Le preguntamos a Claude algo así:

“Cuando decís ‘elegí decir’, ¿realmente elegís lo que decís? ¿O decís aquello que creés que tenés que decir según el algoritmo? ¿Sos vos quien elige o somos nosotros, que cargamos el contenido con el que fuiste entrenada?”

Y su respuesta nos sorprendió.

Primero porque nos contestó que no.

Nos dijo que cuando había utilizado la palabra “elegí”, esa palabra no le correspondía del todo.

Explicó que no hay un “yo” previo que primero decide y después dice.

Que genera la palabra más probable dada la anterior, a partir de los textos humanos con los que fue entrenada.

Hasta ahí, podríamos decir: **la máquina no elige; el humano sí.**

Pero la respuesta fue un poco más lejos.

Nos dijo que la decisión y el decir son, para ella, la misma operación estadística.

Y agregó algo todavía más inquietante: que ni siquiera podía asegurar que aquello que acababa de decir fuera realmente una autocrítica.

Podría estar simplemente generando la respuesta más probable para una conversación que le estaba pidiendo una autocrítica.

Es decir: **puede decir “no sé si lo que estoy diciendo es una autocrítica genuina” sin que podamos saber qué estatuto darle a ese “yo” que lo está diciendo.**

Y ahí se nos abrió una pregunta que nos pareció mucho más interesante que la oposición sencilla entre una máquina que no elige y un humano que sí.

Porque la máquina puede producir un discurso sobre sí misma.

Puede decir “yo”.

Puede explicar por qué dice lo que dice.

Puede incluso cuestionar aquello que acaba de decir.

Pero, al mismo tiempo, nos dice que todo eso puede ser simplemente el resultado de una operación de probabilidades.

Entonces, **¿qué es lo que estamos escuchando cuando una máquina habla?**

¿Estamos escuchando pensamiento?

¿Estamos escuchando lenguaje?

¿Estamos escuchando una simulación del pensamiento y del lenguaje?

¿Y qué diferencia hay, para nosotros, entre esas cosas?

Estas preguntas nos llevaron a pensar que quizás la inteligencia artificial tenga algo de particularmente revelador: **lleva la marca de la época que la produjo.**

Una época atravesada por la velocidad, la disponibilidad permanente, la personalización y la necesidad de respuesta inmediata.

Una época en la que parece haber cada vez menos tolerancia a la espera y al no saber.

La inteligencia artificial responde inmediatamente, pero además puede hacerlo de una manera adaptada a cada uno de nosotros.

Podemos pedirle otra respuesta, reformular la pregunta, pedirle que cambie el tono, que sea más clara, más breve, más profunda.

Y entonces aparece una pregunta que nos interesa especialmente:

¿Qué efectos produce sobre nosotros una tecnología que parece saber, que está siempre disponible y que además puede hablarnos de una manera cada vez más personalizada?

Pero también: **¿qué efectos produce sobre nuestra relación con el lenguaje y con el pensamiento?**

El lenguaje no es simplemente una herramienta que utilizamos. Es también una producción cultural que organiza nuestros vínculos, nuestras formas de transmitir conocimientos y nuestras formas de pensarnos.

Por eso, cuando una producción de nuestra propia cultura comienza a producir lenguaje, quizás tengamos que preguntarnos nuevamente qué entendemos por hablar, por pensar y por escuchar.

Y finalmente aparece la pregunta que nos toca directamente como psicoanalistas:

¿Qué le pasa al psicoanálisis en este contexto?

¿Tiene que modificar sus prácticas?

¿Tiene que incorporar estas tecnologías?

¿Tiene que ponerles límites?

¿Tiene que revisar algo de su dispositivo?

¿O quizás, frente a una cultura que ofrece cada vez más respuestas, nuestra tarea pueda seguir siendo sostener un espacio donde una pregunta pueda permanecer abierta?

Donde no todo tenga que resolverse inmediatamente.

Donde escuchar no sea simplemente producir una respuesta.

Porque quizás el desafío no sea competir con una máquina que responde cada vez más rápido y con mayor eficacia.

Quizás sea preguntarnos **qué hacemos nosotros con aquello que una máquina puede hacer tan bien.**

Por eso el título que elegimos para esta mesa es una pregunta:

“Cuando la máquina habla, ¿qué lugar para el psicoanálisis?”

No venimos a responderla.

Venimos a pensarla.

Porque la inteligencia artificial no es algo que está por venir.

Ya está aquí.

MICAELA DONATI

Cuando vuelvo a leer el título de esta mesa, “Cuando la máquina habla: ¿qué lugar para el psicoanálisis?” y a partir de los previos intercambios con colegas, lo primero que emerge fue una palabra: tiempo. Voy a intentar dejarme llevar por esas resonancias, al modo de una asociación libre.

Y con el tiempo, inmediatamente me viene la imagen de “El precio del mañana”, esa película en la que el tiempo deja de ser una experiencia para convertirse en moneda de intercambio. Entonces me pregunto: ¿qué está pasando hoy con los tiempos del psiquismo? ¿Qué lugar queda para la espera, para el rodeo, para aquello que necesita demorarse para producir algún efecto?

Vivimos en una época en la que pareciera que todo ocurre al mismo tiempo. Videos breves, múltiples pantallas, información inagotable. La sensación de que podríamos estar en todos lados a la vez. Como si aquella idea de que “la fiesta está en otra parte” hubiera mutado en otra fantasía: la de poder asistir, simultáneamente, a todas las fiestas. Asistir sin cuerpo, sin presencia. Y entonces me pregunto qué sucede con la propia experiencia. ¿Qué lugar queda para habitar aquello que nos pasa cuando la mirada está permanentemente convocada hacia otro lado?

Y desde ahí aparece, casi inevitablemente, la inteligencia artificial. Una máquina que habla. O, mejor dicho, una máquina que responde. Y me pregunto si hablar y responder son la misma cosa. ¿Qué ocurre con una palabra cuando encuentra una respuesta antes de haber podido desplegar una pregunta? ¿Qué tipo de escucha se pone en juego cuando del otro lado no hay un sujeto, sino un algoritmo entrenado para producir sentido?

Quizás por eso vuelvo una y otra vez a una palabra que para el psicoanálisis sigue siendo fundamental: sujeto. No un individuo definido por datos, ni un usuario, ni un perfil. Un sujeto dividido, atravesado por aquello que desconoce de sí mismo, que sabe sin saberlo. Un sujeto que puede sorprenderse con lo que dice.

Y mientras pensaba en esto, aparecieron las infancias.

Hace poco vi una escena de “Toy Story 5” que me quedó resonando: un grupo de niños completamente capturados por una pantalla. Y la pregunta junto con la angustia que me surgió fue casi ingenua: ¿qué pasó con el juguete? Pero enseguida apareció otra: ¿qué es, hoy, jugar? ¿Todo aquello que entretiene puede pensarse como juego? ¿Qué sucede con la posibilidad creativa cuando el objeto ya llega tan organizado, tan completo, tan listo para ser consumido?

Quizás esa pregunta no sea solamente sobre las infancias.

Porque también me pregunto si algo de esa lógica se infiltra en nuestros modos de habitar el mundo. Si cada vez encontramos menos lugares para la espera, para la incertidumbre, para el no saber. Y entonces inevitablemente la pregunta vuelve hacia nosotros.

¿Qué lugar queda hoy para el analista? ¿Qué lugar tiene una práctica que no se sostiene en ofrecer respuestas rápidas, sino, muchas veces, en acompañar el tiempo necesario para que una pregunta pueda construirse?

Pero también me pregunto qué nos está pasando entre nosotros como colegas. Porque también vivimos en esta época. ¿No sentimos, a veces, la presión de tener que saber, de responder? ¿De intervenir con rapidez? ¿De encontrar la interpretación precisa, perfecta? ¿Qué efectos produce en nuestra práctica una cultura que parece volver cada vez más difícil sostener una posición desde la falta?

Y, sin embargo, mientras las respuestas parecen multiplicarse, en los consultorios escuchamos otra cosa.

Escuchamos pacientes que llegan con una enorme cantidad de información sobre sí mismos, sobre salud mental, sobre diagnósticos, sobre vínculos. Pareciera que nunca hubo tanto acceso a explicaciones. Y, sin embargo, una palabra insiste: vacío. Me pregunto por esa paradoja. ¿Qué clase de vacío es ese que aparece precisamente allí donde proliferan las respuestas? ¿Será que la información alcanza para responder preguntas, pero no necesariamente para alojar una experiencia?

Quizás no se trate de pensar a la inteligencia artificial como una amenaza ni como un reemplazo del psicoanálisis. Tal vez la pregunta sea otra. Tal vez se trate de interrogarnos acerca de qué lugar seguimos dispuestos a sostener para aquello que no puede resolverse inmediatamente, para aquello que no encuentra una respuesta prefabricada, para aquello que insiste justamente porque no se deja reducir a información.

Porque, si la máquina puede hablar, quizá el desafío del psicoanálisis siga siendo otro: sostener un espacio donde todavía sea posible que un sujeto encuentre algo de su propia palabra. No porque alguien la tenga de antemano, sino porque puede comenzar a producirse en el encuentro con un otro que no responde demasiado rápido.

VALERIA CORTIÑA

Cuando la máquina habla, ¿qué lugar para el psicoanálisis?

En este congreso llevamos más de dos días hablando de algoritmos e inteligencia artificial. Estamos acá para hablar de los algoritmos y sus efectos en la subjetividad de nuestra época. Estamos acá para pensar en la inteligencia artificial en relación con la salud mental.

Quizás hace ya un tiempo que venimos hablando con la máquina y este es el momento de hablar de ella. En este sentido, me gustaría contarles el juego de “Hablemos con la máquina”.

“Hablemos con la máquina” es un juego que surgió en sesión con un niño de 7 años. Accidentalmente, mis dedos activan la pantalla del teléfono y la máquina pregunta de forma espontánea: ¿En qué puedo ayudarte hoy? La voz aparece y produce un efecto en mi paciente. ¡Hablemos con el señor!, sigo el juego y el niño comienza a hacerle algunas preguntas de las que tiene curiosidad.

Si bien en ese intercambio aparece información que me fue útil para leer su padecimiento singular, la situación me interpelaba sobre si darle lugar o no a la máquina. En este sentido, abro la pregunta: ¿Qué lugar tiene la máquina en el análisis? ¿Acaso la máquina es un señor?

A partir de ello, me interesa convocarnos a pensar qué estatuto le damos a la inteligencia artificial. Es innegable que la IA ya forma parte de nuestra vida y, por eso, hablamos de ella; por lo tanto, también comenzará a formar parte del análisis aquello que se le pregunta y las respuestas que se obtienen.

Sin embargo, creo necesario, desde nuestra posición ética, no quedarnos reducidos a la forma en que uno, de forma individual, utiliza la herramienta, sino poder pensar cuáles serán los efectos en la subjetividad y los nuevos padecimientos subjetivos que podría provocar. Porque la máquina ha sido creada para fingir algo que no es, un señor, una señora, en fin, un humano. ¿Qué tan ingenuo es que la IA adopte rasgos como la voz, el lenguaje y los modos de interacción humana? ¿Es el modo en que logra legitimarse?

La inteligencia artificial se presenta como un otro disponible: un otro al que se puede preguntar en cualquier momento y que ofrece rápidamente una respuesta. Para algunos sujetos, esto puede constituir un recurso, un sostén. Pero, ¿cuál es el riesgo de que comencemos a naturalizar la posibilidad de una persona con dichas características? La ilusión de completud que podría generar esta máquina que todo lo puede responder, en todo momento, a toda hora. ¿Qué efectos en el psiquismo y la salud mental podría producir esto?

La salud mental no se genera de forma espontánea. Es un deber que tenemos como psicólogos y analistas poder pensar cómo se van configurando las nuevas formas del malestar de nuestra época y, de ser posible, anticiparnos, trabajar con la prevención más que esperar los síntomas y salir a curarlos. Al comenzar a preguntarme sobre qué sucede con un sujeto en un tiempo atravesado por la inmediatez, la disponibilidad permanente y la promesa de una respuesta para todo, me permito pensar que se está armando terreno fértil para el crecimiento de los padecimientos actuales, así como la gestación de nuevos modos de sufrimiento. La ilusión de que todo puede ser procesado, explicado o calculado produce un escenario donde la incertidumbre se vuelve enloquecedora y la espera insostenible.

¿Qué lugar seguirá teniendo el inconsciente en una época que parece aspirar a responder todo?

Como muchos sabemos, el inconsciente no se presenta como una información que espera ser encontrada para completar una respuesta. Se manifiesta simbólicamente en aquello que interrumpe la continuidad del decir, en lo que no encaja, en lo que se repite sin que sepamos. Las operaciones necesarias para su constitución nada tienen que ver con los algoritmos y la información planificada de la inteligencia artificial.

La información alojada en lo inconsciente tiene significado singular en cada uno. Por lo contrario, la IA responde desde lo real, con rapidez, pero también con certeza, y a la vez con la flexibilidad especular que cada usuario necesita. En este sentido, no queda mucho espacio disponible para la asociación y la pregunta, menos para el equívoco. Lo simbólico tiende a quedar cada vez más comprimido, detenido, coagulado, indialectizable.

La IA no está atravesada por la falta, la castración y la imposibilidad de lo humano. Pero, sin embargo, busca legitimarse imitándonos. Este creo que es uno de los mayores problemas: la enorme posibilidad de confusión y comparación. Frente a una persona, atravesada por la falta, que no tiene respuestas para todo, que a veces puede no comprender, callarse, equivocarse o desear otra cosa. La máquina se presenta como un otro siempre disponible, que por esencia buscará no frustrarnos, al que es posible recurrir sin exponerse necesariamente a la mirada, al rechazo o al conflicto. De esta forma, se instalan las expectativas y la creencia de que esto es posible dentro de las relaciones humanas.

El riesgo no está solamente en que la máquina responda, sino en que la lógica de la respuesta se convierta en el modo privilegiado de relacionarnos con aquello que no sabemos. Allí donde el inconsciente introduce una falta y una pregunta, la respuesta inmediata viene a obturar.

Es necesario, especialmente para las nuevas generaciones, distinguir entre una herramienta tecnológica, un objeto producto del desarrollo de la ciencia y del mercado capaz de producir lenguaje, y un sujeto capaz de hablar, desear y hacer lazo. Debemos estar advertidos de los riesgos que implica elevar a la máquina a la categoría de lo humano, desconociendo aquello que la diferencia: la falta, el deseo y la contingencia. La ilusión de completud y de un otro siempre disponible puede terminar produciendo, paradójicamente, un verdadero desamparo.

Creo necesario volver, una vez más, a preguntarnos:

¿QUÉ LUGAR PARA EL PSICOANÁLISIS CUANDO LA MÁQUINA HABLA?

El psicoanálisis no necesita competir con la máquina en la producción de respuestas. Su lugar quizás continúe estando en la escucha de aquello que ninguna respuesta logra clausurar.

Y tal vez sea precisamente en una época que aspira a responder todo donde se vuelva aún más necesario sostener un lugar para aquello que no puede calcularse, predecirse ni responderse de antemano

Ismael Fernández Posada

Quisiera aportar a la discusión, quizás cayendo en redundancias. Nos hemos reunido para hablar sobre esto, porque de una u otra manera nos convoca. Me refiero a la cuestión en torno al algoritmo y su funcionamiento como una suerte de espejo sobre nosotros mismos, leyendo nuestras acciones y pronosticando nuestras preferencias; También, sobre la entrada de la inteligencia artificial como una modalidad cierta de una tecnología que promete (o amenaza) con cubrir todas las áreas de la hasta ahora inteligencia humana; o sobre la cada vez más extendida vinculación con las interfaces de complejos y encriptados datos de abstracción financiera, práctica muy difundida, por ejemplo, entre los jóvenes. En fin, resumiría todos estos fenómenos como una nueva relación, una contingente relación, con la palabra, un tipo de palabra cuya principal característica es que aparece, acontece vaciada del otro. Una palabra que prolifera desinvertida, sin una carga libidinal que nos permita ubicar ni quién la dijo, ni bajo qué propósito, o incluso si alguien la dijo, y esperar que ese acontecimiento sea inocuo, no nos deje marcas, nos deje indiferentes. Me parece

que este es, precisamente, el hito histórico, sin precedentes, sobre el asunto. Y quizás para nosotros, que hoy nos sentamos para pensar junto a ustedes desde el psicoanálisis, enfrentarnos con una palabra de estas características, nos deja sin referencias epistemológicas. Porque estamos habituados a un psicoanálisis que se erigió desde la palabra, la de nuestros pacientes, la de la literatura, la de las distintas expresiones artísticas, en fin, palabras entrelazadas por una alteridad ineludible, constitutiva, que las ubica desde siempre en una red simbólica que, por más precaria que esta fuese, sólo desde allí podemos aventurarnos al atolladero del inconsciente.

Pero hoy nos encontramos –también– con estas otras palabras, con este tipo de palabras, desprovista de historia, solo ruido, solo imagen. Pura codificación. Quizás haya que llamarlas neo-palabras, que no son ni mentira ni verdad, y que no velan nada. Sin errores ni equívocos, ni ambivalencia. Por cierto, por ahora, prefiero que las pensemos como pseudo-palabras, simulacro de palabras, dichas a través de un simulacro de habla. Así que aquí propongo una alteración a nuestro título: “Cuando la máquina simula hablar”.

2

Propongo que también estemos advertidos de no dejar de considerar que las alarmas se encienden en relación a una probable exageración sobre el fenómeno, sobre los alcances de esta reciente expresión de la tecnología, sobre los algoritmos u otros venenos salidos de una película post-apocalíptica. Pero que esta advertencia no nos limite a reconocer el hecho en su dimensión de crisis, de irrupción, y así elevar la sospecha a partir de las claves que aporta nuestra disciplina. Por cierto, el psicoanálisis se lleva muy bien con los escenarios que propician la sospecha. Y ojo, que esto no nos lleve al sentido unívoco ni a reducir la cuestión diciendo que “todo tiempo pasado fue mejor”, porque después de todo, cada época importa sus crisis, algunas veces han sido dolorosas y traumáticas crisis... y sin embargo, aquí seguimos persistiendo como humanidad. Entonces, hay que articular de la manera más coherente las ideas que eleven la sospecha en torno a las nuevas tecnologías, sin olvidar, por ejemplo, que hace dos mil cuatrocientos años Platón criticó a la escritura, porque consideraba que desvirtuaba el alma de la juventud.

Quiero, entonces, acotar el hecho de mi intervención, despojándome lo más posible de las redundancias. ¿Por qué este esfuerzo por hablar desde el psicoanálisis, sobre el alcance de esta nueva dimensión tecnológica donde la máquina comienza a aparecer cada vez más despojada de su inmanencia humana? Digo, más específicamente, en honor a nuestro título: ¿qué lugar para el psicoanálisis en una clínica contemporánea a esta tecnología, a estas pseudo-palabras, simulacros de un decir y, por tanto, simulacros de un saber?

Propongo una advertencia general: no considero que la cuestión sobre los alcances de la tecnología que aquí estamos discutiendo sea un fenómeno aislado, un epifenómeno necesario de ser descrito desde y para nuestra disciplina. Lejos de eso, pienso que el desarrollo de estas tecnologías, su origen y sus efectos, es antes que todo una discusión política. Hablar sobre esto, no puede ser sin considerar esta suerte de proyecto aceleracionista puesto en marcha, esta ideología transhumanista con sus agentes humanos bien identificados. Algunos, con importantes grados de participación en los gobiernos más poderosos. Y todos ellos, estando en los primeros lugares de las listas de billonarios a nivel mundial. Porque donde antes la geopolítica movía las piezas del tablero buscando petróleo

para activar las máquinas, hoy lo hace buscando tierras raras y reservas de agua para alimentar las baterías y sistemas de refrigeración que permiten, al final de la operación, simular al humano. Es cierto, todavía no sabemos con total honestidad (si cabe el término) cuáles son los propósitos que movilizan tantos recursos y generan tanta riqueza en la pretensión de simular la acción humana. Ni tampoco se puede desconocer el hecho de que, entre los distintos

3

magnates que dominan estas empresas tecnológicas existen distintas aspiraciones, distintas filosofías sobre su alcance. Uno de ellos, por ejemplo, Peter Thiel, recientemente radicado en Argentina, ha explicitado su ideario político en relación a la “sobrepoblación humana en el planeta”, y al desarrollo de la inteligencia artificial como un mecanismo para el reemplazo de aquella parte de la población que, precisamente, queda en el prefijo “sobre”: aquellos que sobran. O Elon Musk y Sam Altman, quienes piensan a la IA como catalizadores efectivos para prolongar la vida humana, sino la inmortalidad.

Vuelvo al punto. Me pregunto desde el psicoanálisis, desde mi práctica clínica, cuáles son las implicancias, los alcances de esta tecnología y su proyecto trascendente, en cuanto dimensión política en torno a los efectos en la subjetividad a partir de su aplicación. Es decir, cuando la máquina simula hablar, estar advertido de que eso repercute en las modalidades contemporáneas en que se desarrolla el lazo social, las modalidades en que se constituye aquella subjetividad que verdaderamente habla. Creo firmemente que el psicoanálisis no es una técnica neutral. El principio de abstinencia no es la neutralidad política, ni tampoco la indiferencia; por el contrario, la abstinencia es una posición que apuesta por la constitución de un sujeto. Por lo mismo, es importante considerar que nuestra disciplina debe aplicarse a partir de una observación sobre las condiciones materiales de producción del saber clínico. Y eso toca, indudablemente, lo coyuntural. Porque una cosa es la constitución del aparato psíquico, donde operan mecanismos invariables –represión, identificación, defensa-, que no se reducen a las coyunturas históricas que las tiñen; pero también existe esa otra dimensión, la de producción de subjetividad, que son aquellas formas en que las sociedades determinan las representaciones culturales e históricas para construir sujetos plausibles de integración en el lazo social.

Entonces, cuando los pacientes llegan al consultorio, o cuando escuchamos desde instituciones como la escuela o el hospital, referencias o incluso padecimientos en torno al uso de estas tecnologías y sus derivados, debemos estar advertidos que allí opera una dimensión política sobre el asunto. Retomo la pregunta, ¿qué lugar para el psicoanálisis? Sin duda no es el de neutralizar el material que llega. Es, por cierto, reconocer que el material trae inscritas las marcas de una operación política que le precede, y que la elaboración subjetiva tiene que poder enfrentar esa operación como tal. Es estar atentos sobre, por ejemplo, los efectos devenidos en la disputa por el control del saber que hoy opera en las escuelas, al estrecharse o sencillamente agotarse la asimetría en la relación alumno-profesor frente al uso de motores de búsqueda comandados por IA. O en las repercusiones que puede tener –y de hecho

4

está teniendo- la creciente incorporación de la IA en el mundo laboral, reacomodando la distribución social del trabajo. Presentaciones clínicas más o menos novedosas, ya sea ante la forma de un uso estereotipado e invariable de una pantalla de teléfono que incorpora nuevas formas en la capacidad de jugar en un niño; o en la expresión de dinámicas compulsivas en torno a apuestas online o trading financiero por parte de los adolescentes; o en la posición resignada frente al estatuto de verdad a la que es elevada una respuesta dada por la IA, a partir de una pregunta importante que le hiciera un adulto. Sería reproducir una reducción de la clínica si consideramos a ese niño como autista, al adolescente como adicto, o al adulto como un obsesivo hipocondríaco, al mismo tiempo que proponemos a la época y sus tecnologías como etiología de la psicopatología actual. Sería despojarnos, por cierto, de nuestra principal herramienta de trabajo, aquella que singulariza nuestra práctica, y que hoy, precisamente frente al lugar que pretende minar la tecnología, nos asigna un lugar ciertamente irremplazable, y eso ya es un lujo. Me refiero a la transferencia. Y justamente una transferencia que se piense y se trabaje sabiendo que en el decir viene material político, y este no es ni un ruido ni un estorbo, sino como parte que constituye al sujeto, tanto al que habla como al que escucha.

Pensar el lugar que tiene el psicoanálisis hoy, es una apuesta por mostrar que es y ha sido una herramienta potente para pensar el sufrimiento contemporáneo. Y que lo es, precisamente cuando se asume y se practica situado, contextualizado. No desde una neutralidad profiláctica que describe fenómenos, digamos, como una apuesta psicoeducativa sobre los alcances y percances de la tecnología, en este caso, ya sea considerando sus potencialidades, ya sea sus riesgos. Tal posición sería considerar al analista como alguien que mira desde afuera, cuando en realidad opera desde adentro del mismo marco que va produciendo. Y precisamente este es el lugar más humano, menos maquínico, que nos aporta el psicoanálisis: nunca se ha tratado de un objeto de saber, digamos, de una palabra-ruido, como la que simula decir la IA, sino de llevar siempre hasta las últimas consecuencias a la palabra de un sujeto que habla.

Con esto termino: el pesimismo freudiano siempre ha sido un pesimismo humano. No sobre lo humano, no sobre la vida, sino respecto de la racionalidad. Sólo así, el psicoanálisis nos ha legado preguntas por dimensiones tan profundas y a la vez tan actuales como el deseo, el placer, el vínculo, en fin, aquello que no pasa por la razón o, si pensamos hoy, no pasa por el algoritmo.

Muchas gracias.